



ARTE - HISTORIA  
FILOSOFÍA Y LITERATURA  
EN RELACION CON LA MEDICINA

## LA NOVELA DEL FLOGISTO

por

EUGENIO D'ORS

De la Real Academia Española.

### MÚSICA, MATEMÁTICA

¿Conoció la Antigüedad, con Pitágoras, la experiencia de un pensamiento exclusivamente, asépticamente, matemático? Tal no parece. La afirmación de que los números son la esencia de las cosas no excluye la posibilidad liberatriz de que la mente aplique la inteligencia a la apariencia. Y la consideración atribuida a la Música, tópico y característico de la escuela, podría bastarnos para demostrar cuánto interviene en el pitagorismo la presencia de los elementos sensuales. Cierto, la música se hace con números. Pero no se hace con números tan sólo. «Compuesta con números concordes» está, según la definía, en verso, fray Luis de León. Cantidades, pues, por un lado. Por otro lado, concordancia. Cálculo exacto; mas también grata armonía. Cocínase la Música en un espiritual fogón, donde arden, a la vez, el Número y el Halago.

Más cerca del pan-matematismo anduvo, corridas las centurias, aquella en que floreció Descartes. Los historiadores de la Filosofía no encuentran otro precedente que el temáticamente minúsculo—bien que incalculablemente trascendental—, de Zenón de Elea, al racionalismo que Descartes contagió a toda la subsiguiente cultura; tratárase de la Física de Newton, tratárase de la división de poderes según Montesquieu. Una era nace entonces, a la luz fría de unas albas de la razón... Esta frialdad, ¿es, con todo, absoluta? Llamamos fríos a los objetos, no porque de temperatura estén faltos, sino porque la tienen en proporciones más cortas que la que nos gustaría en ellos encontrar. De igual modo, si llamamos racional a la Matemática, es porque la intuición sensual representa en la misma *menos papel* que, por ejemplo, en la ya mencionada Música.

### GEOMETRÍA, MÓNADAS, MITOS

Lo cual no quiere en manera alguna significar oposición o ausencia. La prueba, en la vecindad misma de Descartes, nos la diera Pascal. ¿En qué su *esprit de finesse* le ganó a su *esprit geometrique*? Y cuenta, que más valor de reconocimiento que a la declaración del primer espíritu atribuímos nosotros al hecho sólo de la denominación del último. El que la Geometría asuma en ella la representación del análisis, inconsciente manifestación es de que no se toma a la Figura como totalmente reductible al Número; es decir, de que la ley de la matemática no es impecablemente cuantitativa. ¿Por qué constituye una absurda ineptia el intento de la cuadratura del círculo? Porque los números pueden cuadrarse; pero hay en los círculos algo que no se deja cuadrar. Los geómetras de los siglos XVII y XVIII, como antes los geómetras griegos, nos dan fe de que la soberanía de la razón fué entonces, por lo menos, una soberanía constitucional.

De esa dificultad encontramos la clave metafísica en uno de los grandes maestros de la época de la Ilus-

tración, Leibniz. Es él quien postuló con mayestrad que lo racional y lo irracional se hallan indestructiblemente unidos en la mónada, íntimo, último elemento de la realidad, que es a la vez razón y sinrazón, es decir, contemplación e impulso. Y, mientras el leibnizismo corría su suerte escolástica, la historia en curso le iba proporcionando una confirmación—una confirmación de la cual apenas si nosotros, hombres de los mediados del siglo XX, empezamos a entrever la legitimidad—. El racionalismo de los siglos XVII y XVIII se flanqueaba, simultáneamente casi, con un pensamiento sentimental, y hasta místico, y hasta mítico. A la mecánica de Newton no tardaba demasiado en contestar el magnetismo de Mesmer. Swedenborg estudiaba la estructura de los cristales, de vuelta de un describir la arquitectura del Empireo. Rousseau lloraba sobre las disecciones de Voltaire. La Razón pura acabó, al fin, haciéndole un huequecito a su lado a la Razón práctica. Y toda la joven, petulante reciedumbre del mecanicismo de Lavoisier no logró extinguir la llama, ya trémula, de un fantasma, que, de los antros del alquimista, se había deslizado a los laboratorios claros del químico y que respondía a un nombre misterioso: el Flogisto.

### EL FLOGISTO

Cuando el siglo XVIII empieza, hace cincuenta años que ha muerto Descartes; dieciocho, que Pascal se ha extinguido prematuramente. Newton tiene cincuenta y ocho años; Leibniz, cincuenta y dos; Swedenborg, doce; Montesquieu, once; Voltaire, seis. Rousseau tardará el doble en nacer; Kant, veinticuatro años; Mesmer, treinta y cuatro. Lavoisier nace en 1743. En 1751 se publica la *Enciclopedia*. Buscad en la *Enciclopedia* el término «flogisto». No lo hallaréis en todas las ediciones. Pero la obra entera, en su filosofía de la naturaleza, parece impregnada aún en los relientes de la flogística. Se está entonces en el trance en que, a la luz de la Ilustración, la Química va a alumbrarse desde las entrañas de la Alquimia. Hasta ese punto, la tarea de investigación de elementos íntimos de la naturaleza y las artes relativas a su manejo han permanecido en la oscuridad de lo misterioso. La intención abonaba la clandestinidad. Se ambicionaba la posesión de la piedra filosofal y del elixir de larga vida: del secreto del oro y el secreto de la inmortalidad. A veces, en arcanos donde se penetra con temblor, la Medicina puede investigarse; pero en la sensibilidad para la perquisición de la Medicina juegan los mismos resortes que en la perquisición de la ponzoña. El interrogatorio a los cuatro elementos, tierra, agua, aire, fuego, ha permanecido en lo nocturno.

El fuego, sobre todo, permanece defendido por su carencia de contorno, por su conceptual inaccesibilidad. La tierra está ahí, sólida, quieta. El agua fluye, pero el vaso la puede captar y le da artificialmente un contorno. Igual, bien que parezca más fugitivo, el aire.

Mas cuanto se acerca a captar el fuego parece. El castigo de Prometeo no hace más que graduar, en la sucesión del mito, lo que la realidad produce de un golpe. Y, sin embargo, el fuego puede humanizarse, se domestica; entra, para servir al hombre, en el hogar, en la fragua. Tal vez está ya dentro de él mismo, a los ojos de la fisiología antigua en el trabajo del hígado, en las tareas de la generación. ¿Se trata, pues, siempre, del mismo fuego? «Hay dos fuegos, se leía en los viejos repertorios del Ocultismo: el fuego que se ve y el invisible» Al uno, los sentidos lo conocen directamente: es llama para los ojos, calor para el tacto. Al otro se le reconoce indirectamente en sus efectos. Nadie ha visto al que produce nuestros sufrimientos de verano, o embriaga en el vino, desvela en amores y hace palpar nuestro corazón. El fuego es un cuerpo para la mente antigua. Y también el fuego es un alma. A éste segundo fuego, al alma del fuego, la ciencia, que ahora recibe la herencia de la superstición, le va a bautizar con el nombre de Flogisto.

#### «NEGOTIUM OTIOSUM»

El padrino fué Georg Ernst Sthal, médico alemán, que ya tiene acabado aire de químico y había nacido cuando Leibniz estaba en la infancia y no murió hasta el año mismo en que nació Mesmer. Cuando Mesmer atinó en la fuerza magnética, su intuición se había vuelto posible gracias a que Sthal, a fines de la centuria anterior, había publicado una *Zymotechnia*, exposición general de la teoría flogística. Pero ésta había encontrado cierta oposición por parte de Leibniz. Los dos sabios discutieron. El texto de su polémica está contenido en una vieja publicación titulada *Negotium otiosum*... No tan ocioso: por lo menos, su ventilación puede a nosotros servirnos para descubrir—si es que ellos no la descubrieron ya—cómo los dos teóricos adversarios estaban, desde nuestro punto de vista, del mismo lado de la barricada en la bandería minoritaria de los vindicadores de lo irracional. Aquella «voluntad», inserta irreductiblemente en la mónada, ¿no responde en lo fundamental a la misma comprensión inteligente de lo situado fuera de la razón, que este «flogisto», irreductible a la ley de conservación de la materia, inserto como agente de la combustión en que esta última se metamorfosea? A la vez, el común dualismo de los contendientes nos autoriza a una posición de árbitros en este juicio como en tantos otros actuados en el infinito campo del saber. Puesto que tanto la mónada como el flogisto son entidades imaginarias, hipótesis de trabajo si se quiere, que *dan cuenta* de la realidad, *sin fijarla* en univocidad exhaustiva, ¿por qué no examinar las científicas ideas en la vivacidad de su mismo acontecer, en el hecho de su aventura histórica? Los conceptos se encadenan en el raciocinio; pero las aventuras se narran en la novela.

La novela del flogisto tiene en su argumento tantas venturas como desventuras. Por algo se había lanzado al mundo en una hora de tan paradójica dualidad que en el pensamiento como en el arte cada estabilidad clásica viene a complicarse con un dinamismo barroco, y el racionalismo más artificiosamente claro se

mezcla al misticismo más deliberadamente oscuro. Ya aquí han podido convocarse imparcialmente unos cuantos nombres contemporáneos entre sí. Sumaránse todos ellos a la consigna de racionalidad aislada, valga el ejemplo, por Paul Hazard en su libro sobre *La crisis de la conciencia moderna*. ¿Vico, Swedenborg, Rousseau, Mesmer y—acabamos de remacharlo—Leibniz, operan en análogo sentido que Newton, Voltaire, Lavoisier? Estos últimos no habían heredado nada de la Alquimia, del pensamiento místico y mítico. No podían oír hablar del «alma del fuego». En el fondo, no podían oír hablar de alma ninguna. Pero también, dentro de la mente de cada sabio, al pecado acompaña la penitencia. Boergrave azotó al flogisto con la infamia de unos errores de observación; pero tuvo que reconocer su vigencia teórica. Black le coronó de irrisión; pero se quedó sin saber con qué reemplazarlo. Lavoisier le dejó por muerto...

Pero no había de pasar tanto tiempo antes de que, en negocio menos ocioso, el Flogisto viniera a resucitar, llamándose entonces, simplemente, «energía».

#### EL FLOGISTO, EN LA BOTICA

Como la más famosa de las novelas, ésta del Flogisto tiene una segunda parte. Ya su nombre de guerra no es el que se desacreditó. Ahora la flogística se llama «energética». Su primera victoria consiste en imponer la presencia compatible de dos leyes: la ley de conservación de la energía, al lado de la ley de conservación de la materia. Su segunda victoria se obtiene con la invocación de Carnot-Clausius: gánase en ella que el propio camino sea independiente del camino de la otra ley, no dibujando un esquema de conservación, sino de entropía; entropía que llega, al fin, a concebirse como descendente y letal en lo inerte, pero tal vez como ascendente y creadora en lo vital. Otra conquista: la noción de radiactividad llega a punto para invertir los papeles, dando a la energía—al flogisto, al fuego invisible—un campo, a que la materia misma no alcanza; un campo en el cual cualquier igualdad cuantitativa conservadora, cualquier vigencia estricta del principio de contradicción, es superada, mostrando la posibilidad de efectos, cuya energía no puede encontrarse en la causa. Por último, he aquí la Física nuclear, con su perspectiva subvertidora de indeterminismo.

De posada a posada, en estos alcázares ganados, el héroe de nuestra novela ha entrado en alojamientos más humildes, tocados por nuestra vida cotidiana. Ha entrado, entre mil otras, en las oficinas de farmacia, lugares de ciencia y de arte a la vez, en cuyas tareas, como en las de la música, se cuece, con la cantidad, la calidad; con la medida y el peso, la *vis dormitiva*, entre mil otras virtudes, un fuego en que se funden el número y el gusto. Vanamente buscaríamos al Flogisto en los frascos de la Farmacia. Pero, en el fuego de sus operaciones, sí está. Y por esto, vueltos ya de cualquier impiedad de racionalismo, quisiéramos, a la vez, en la alegoría de la Farmacia, *la balanza* y *el dedo*. La balanza, que pesa con su razón; el dedo, que se empolva un poco, y que, fuera ya de la razón, pero dentro de la inteligencia aún, *saborea*.